

Joaquín Roy, Roberto Domínguez y Rafael Velázquez Flores (coords.), *Retos e interrelaciones de la integración regional: Europa y América*, México, Plaza y Valdés-Universidad de Quintana Roo, 2003, 557 pp.

Europa y América han estado estrecha e históricamente vinculadas. Sería difícil entender el desarrollo capitalista europeo si se hace abstracción de su relación con América, en particular durante los siglos xvii y xviii, e incluso en el xix. No menores tropiezos se producirían en caso de intentar comprender el proceso de desarrollo (¿subdesarrollo?) de América al margen de sus vínculos con Europa. Algunas ciudades portuarias inglesas, francesas y españolas alcanzaron su mayor auge y esplendor a partir de los lazos mercantiles sostenidos con América. Tales fueron los casos, por señalar sólo a Inglaterra, de ciudades como Bristol, Liverpool y Glasgow, como muy bien lo expone Eric Williams en su obra *Capitalismo y esclavitud*. En América, los grandes centros metropolitanos precolombinos, como Tenochtitlán y el Cuzco serían reemplazados, en su mayoría, por nuevas ciudades portuarias, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, como centros de comunicación con Europa. Esos fueron los casos de Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Buenos Aires, Lima y Cartagena.

Cabe acotar que a finales del siglo xviii las dos terceras partes del comercio exterior francés se realizaban con Saint Domingue, y que para esa misma fecha Francia extraía de dicha colonia más riqueza de la que España lograba extraer de todas sus colonias en el Nuevo Mundo. Todavía durante las primeras décadas del siglo xx el gran sueño de no pocos europeos era emigrar a América, como en efecto lo hicieron, durante varios siglos, cientos de miles o millones de españoles, portugueses, italianos y alemanes, fundamentalmente.

En suma, para muchos países y ciudades europeas la comunicación y las relaciones con América eran más importantes que las establecidas con los propios países de Europa. Lo mismo ocurriría en América, cuyas ciudades sostuvieron mayor comunicación con Europa que con las de su propio continente.

El solo hecho de la llegada de Cristóbal Colón a América —con todas sus implicaciones posteriores, por supuesto—, en las postrimerías del siglo xv, revolucionó las comunicaciones y desplazó la importancia de los países o reinos y ciudades del Mediterráneo hacia las del Atlántico, océano éste que se constituyó en el puente de comunicación entre Europa y América. Así, durante varios siglos se fueron tejiendo esenciales vínculos y relaciones entre estos dos continentes, no sólo económicos y comerciales, sino también políticos, geopolíticos y culturales. La independencia de las trece colonias sajonas (hoy Estados Unidos) de Inglaterra en 1783, y el posterior proceso de independencia de las colonias de Francia, España y Portugal sería el primer grito de América por desligarse de Europa; la Doctrina Monroe, proclamada por los Estados Unidos en 1823, fue el segundo intento por separar a América, la sajona y la latina, de Europa. En cambio, la ocupación francesa de México por las tropas napoleónicas, en 1862, fue el más serio y decidido afán europeo por trazar una frontera que evitara que la América sajona se expandiera y apoderara de América Latina. Décadas después, José Martí plantearía que la gran misión de Cuba, con su Independencia, era servir de dique e impedir que la América sajona se adueñara de la latina. Para esa fecha, Ramón Emeterio Betances, el prócer puertorriqueño, ya había proclamado su consigna de “Las Antillas para los antillanos”, la cual habría que interpretar como una respuesta a la Doctrina Monroe (“América para los americanos”) y como un intento de contener el expansionismo de la América sajona sobre el Caribe.

Pero estos pasajes de la historia, aunque simples, son significativos para comprender la marcha, en un mundo globalizado, de las actuales relaciones internacionales entre Europa y América. Sin duda, lo señalado nos permitirá entender mejor el funcionamiento del triángulo formado por América Latina, América sajona y Europa, donde se observa el siguiente movimiento. Por un lado, la primera trata de reforzar sus vínculos con Europa en un desesperado esfuerzo por lograr cierto contrapeso que evite el total

dominio de la parte sajona sobre ella; por otro lado, Europa procura estrechar lazos con América Latina para contener a la sajona; y, finalmente, esta última se repliega sobre América Latina para aunar fuerza y enfrentarse en mejores condiciones a Europa.

En cierta medida, esta dinámica ha continuado en décadas recientes, a partir de los esquemas de integración que se han desarrollado en Europa y en América, sobre todo en el marco de la globalización, desde la última década del siglo xx.

La obra que comentamos, *Retos e interrelaciones de la integración regional. Europa y América*, constituye un enorme y valioso esfuerzo para analizar los diferentes esquemas de integración que han surgido en los últimos años, tanto en Europa como en América y, a partir de los mismos, las relaciones que han entretejido las diferentes subregiones (Caribe, Centroamérica, Comunidad Andina y Cono Sur) y, en particular, estas últimas con los Estados Unidos (EE.UU.) y Europa.

El sello de la globalización, y de la interrelación e integración regional, aparece con mucha claridad en diversos aspectos en esta obra, aunque los mismos podrían considerarse formales o secundarios. De éstos, cabe señalar los siguientes. En primer lugar, el hecho de ser una coedición entre instituciones de América y de Europa; en segundo lugar, el carácter de sus propios editores, un equipo de investigadores representativos del triángulo al que hacíamos referencia con anterioridad: Joaquín Roy y Roberto Domínguez Rivera, ambos de la Universidad de Miami y Rafael Velázquez Flores, de la Universidad de Quintana Roo; en tercer lugar, sus cuatro prólogos, bajo la autoría de los más altos representantes de instituciones intergubernamentales de Europa y de América: Valéry Giscard d'Estaing, ex presidente de Francia y presidente de la Convención Europea; Chris Patten, comisario de Relaciones Exteriores de la Comisión de la Unión Europea (UE); Javier Solana, alto representante de la UE para la Política Exterior y secretario general de la Unión Europea Occidental, y Enrique Iglesias, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID); en cuarto lugar, la pluralidad de los académicos que con sus trabajos dan contenido a la obra en sí, pues son representativos de diferentes instituciones: doce de América Latina y el Caribe; cinco de Europa, e igual número de la América sajona.

El libro consta de dos partes: la Unión Europea, con seis capítulos, y las Américas, con 18, tres de cada una de las siguientes regiones: América del Norte, América Central, el Caribe, la Comunidad Andina, el Mercado Común del Sur (Mercosur) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Comentar una obra colectiva como ésta siempre constituye un reto para quien se lo proponga, pues en realidad no se trata de uno sino de varios libros. Por ello, más que un hilo conductor que atravesase el conjunto de la obra, para nuestro comentario hemos preferido escoger dos subregiones: el Caribe y Centroamérica. De esta manera tratamos de recuperar al Gran Caribe, a sabiendas de que de todas maneras esta última región queda incompleta, pues le faltarían México, Venezuela y Colombia, países que forman el llamado G-3, y que en el libro aparecen como parte del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y de la Comunidad Andina, respectivamente.

Podríamos decir que entre los investigadores existe cierto consenso en el sentido de que en la actualidad América Latina y el Caribe, por diversas razones, no son prioritarios en la política exterior de la UE, ni tampoco en la de los Estados Unidos, lo cual les genera dificultades para resolver los retos que conllevan la globalización y los esquemas de integración que en los últimos años han tenido lugar. No obstante, la UE es el segundo socio comercial de América Latina y el más importante para el Mercosur, Chile y el Grupo Andino. Los Estados Unidos son, en cambio, el primer socio comercial de dicha región.

## EL CARIBE

Los retos, sin embargo, presentan modalidades diferentes, pues si bien es cierto que el Mercosur concita algún interés tanto para la UE como para los Estados Unidos, éste disminuye hacia las demás subregiones (la Comunidad Andina, Centroamérica y el Caribe). Lo anterior, pese a que las relaciones internacionales del Caribe, en especial las económicas y comerciales sostenidas con Europa y con los Estados Unidos, son sumamente complejas, por la importancia geopolítica que, como *frontera imperial*, históri-

camente ha jugado el Caribe; además, por los vínculos coloniales que, bajo distintos estatus políticos, ha mantenido con Inglaterra, Francia y Holanda, así como con los Estados Unidos; en tercer lugar, y como consecuencia de ello, se han consolidado unas relaciones que nos permiten plantear que las fronteras de la UE se han trasladado al Caribe, lo mismo que las de los Estados Unidos; en cuarto lugar, porque los países que accedieron a la independencia en la segunda parte del siglo XX (13 en total, de 1962 a 1983) fueron favorecidos por una serie de medidas preferenciales para tener acceso al mercado europeo, las que les han garantizado cierta estabilidad económica, por lo que su supresión pone en juego su futuro.

De ahí el significativo e inquietante título del trabajo que abre el área del Caribe en el presente libro "¿La integración regional es todavía un objetivo adecuado para los estados pequeños? Los casos de la OECs y del Caricom", de Patsy Lewis, de la Universidad de West Indies, en Mona, Jamaica. No cabe duda de que estos países han logrado un avance significativo en los esquemas de integración impulsados en América Latina. Sin embargo, paradójicamente, el Caribe es la región que se encuentra en una situación más difícil para hacer frente a los retos de la integración, en especial a la que se conoce como el *segundo regionalismo*, el cual implica una ruptura con los movimientos de integración de los años sesenta y setenta, en tanto que éstos eran de carácter proteccionista, y aquel es un *regionalismo abierto*, que postula que la competitividad es posible sólo en el contexto de mercados abiertos, lo cual es válido para todas las economías, al margen de sus tamaños y recursos.

Por ello, la Ronda Uruguay y lo convenido en el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), lo mismo que la transformación de la Comunidad Europea en Unión Europea y las medidas aplicadas por la Organización Mundial de Comercio (OMC) significan una amenaza para los países de la Caricom. Para superar tales desafíos, los líderes políticos de la Caricom han emprendido diversas medidas, entre las que sobresalen la iniciativa para incorporar a otros países (ampliando el esquema de integración), y así tener mayor capacidad de negociación. Asimismo, crearon el Mecanismo Regional de Negociaciones (MRN) que implica una mayor racionalidad de los recursos humanos, con miras a realizar

negociaciones simultáneas en los diferentes frentes de integración que se han abierto en los últimos años. Aun así, desde la perspectiva de Patsy Lewis, el futuro del Caribe ante la globalización se torna bastante complicado e incierto.

Un enfoque diferente, sin embargo, presenta el trabajo "La Unión Europea y el Caribe: análisis y retos", de Luis Ritto, jefe de la División del Caribe de la Comisión Europea en el Directorado General para el Desarrollo, en Bruselas. Aunque Ritto parte de un análisis sobre las características que hacen al Caribe especialmente vulnerable (economías abiertas y pequeñas, base de exportaciones estrecha, dependencia de impuestos al comercio, dependencia histórica de preferencias arancelarias de los EE.UU. y de la UE, volatilidad causada por factores económicos y financieros y por los frecuentes desastres naturales), a diferencia de Lewis, pone el énfasis en los proyectos de cooperación que la UE está impulsando para ayudar a los países de la región. Realiza un amplio estudio de los beneficios generados desde 1975 por la Convención de Lomé y, a partir del 2000, por la de Cotonou. Al margen del monto de la ayuda prestada por la UE (que es el principal donante para el Caribe), quizá lo más importante es que el Acuerdo de Cotonou centra sus objetivos en combatir la pobreza, poniendo el acento en diversos aspectos que incluyen la política, la integración regional, el comercio, la participación activa de la sociedad civil y del sector privado, en tanto que fija vínculos entre las asignaciones financieras y los resultados alcanzados. Por último, el autor dedica un apartado especial a la cooperación de la UE en Cuba, país que ha recibido, desde 1993, ayuda por un total de casi 125 millones de euros, estimándose que 16% de la población cubana se ha beneficiado de la misma. Con todo, esta cooperación no ha estado exenta de tensiones y conflictos entre Cuba y la UE, debido a la posición que esta última ha adoptado con respecto a los derechos humanos en la isla, no obstante que la ha respaldado ante el bloqueo económico de los Estados Unidos, en especial ante la ley Helms-Burton. Extrañamente, Luis Ritto no considera estos inconvenientes que, en cambio, sí son explorados con amplitud por Joaquín Roy en su capítulo "La Unión Europea ante Cuba y Colombia: de buenas intenciones y altas esperanzas a notables contradicciones y grandes frustraciones".

A pesar de estos señalamientos, el trabajo de Ritto sobre la cooperación de la UE en el Caribe resulta muy interesante y exhaustivo. Sin embargo, el estudio se habría enriquecido si hubiera abordado la estrategia aplicada por la UE en el Caribe —más allá de Lomé y de Cotonou—, en el marco de las relaciones económicas y comerciales, sobre todo en lo referente al acceso preferencial al mercado europeo del que dichos países habían gozado durante mucho tiempo, así como la modalidad con que se aplica al Caribe el principio de la competitividad, sin tomar en cuenta las dimensiones de las economías ni los recursos con que dispone cada nación.

Por su parte, en el trabajo “La cooperación en el Caribe: el caso de los energéticos”, Juan Carlos Arriaga, de la Universidad de Quintana Roo, revisa los esquemas de cooperación energética y de la estructura de dicho mercado en el Gran Caribe, tema que adquiere mayor significado después de la ocupación militar de los Estados Unidos a Irak, sobre todo cuando ha perdido credibilidad la versión de que el verdadero motivo de dicha agresión militar fue el peligro de la existencia de armas de destrucción masiva, sino que más bien se trataba de poner bajo su control las reservas petroleras de Irak, una de las mayores del mundo. Y, en efecto, Arriaga nos plantea que “El petróleo es el producto básico más importante para la economía mundial, pues mueve máquinas que producen manufacturas, los transportes que conducen las mercancías a los mercados de consumo y es la energía que hace funcionar las comodidades domésticas de un tercio de la población del planeta”. El problema radica en que los centros de producción primordiales no están precisamente en los países consumidores, sino en los subdesarrollados. Las reservas de petróleo en el Caribe insular, según la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE), nos dice Arriaga, equivalen a 6% de las reservas totales de América Latina y el Caribe, en tanto que las reservas probadas en la parte continental equivalen a 13.6% de las reservas mundiales. Pero, de manera paradójica, en un alto porcentaje se sigue consumiendo como combustible en el Caribe la “energía fósil, para alimentar con ella sus actividades domésticas, productivas, de transporte y de defensa”, a la vez que se utiliza energía que proviene de la combustión de biomasa.

Como la producción de hidrocarburos en el Caribe está concentrada en tres países, México, Venezuela y Trinidad-Tobago,

se han llevado a cabo proyectos de cooperación energética que permitan abastecer a los demás países de la región, a partir de dos esquemas: el de San José y, últimamente, el de Caracas; esquemas que no han estado exentos de tensiones, ya que han predominado criterios comerciales sobre la filosofía de la cooperación. Además, según el autor, "la cooperación energética en el Caribe se ha proporcionado con base en esquemas centrados en los hidrocarburos que prestan poca atención a la cooperación tecnológica en el desarrollo de nuevas fuentes de energía". Quizá por ello algunos países de la región prefieren abastecerse de hidrocarburos por medio de otras fuentes, lo cual debilita las posibilidades de cooperación e integración en el área. Mientras esto ocurre, en el ALCA se consideran las relaciones energéticas y los jefes de Estado y de gobierno en la Cumbre de las Américas de 1994, en Miami, acordaron establecer la Iniciativa Hemisférica, con el objetivo de "establecer los mecanismos necesarios para la integración y privatización del sector energético del continente".

#### AMÉRICA CENTRAL

Sobre esta subregión, al igual que sobre la del Caribe, hay tres capítulos. En el primero de ellos, "La lenta arquitectura de la integración centroamericana", Dámaso Morales, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), hace una tipología del proceso de regionalización en Centroamérica, estableciendo tres etapas. La primera, que se inicia formalmente con la firma del Tratado General de Integración Centroamericana y la Carta de la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), se desarrolla de 1960 a 1980, y responde al modelo de industrialización por sustitución de importaciones. Según el autor, diversos factores impidieron el desarrollo de la integración durante esa etapa: la guerra entre Honduras y El Salvador, las desigualdades existentes en las estructuras económicas de los países de la región, la injerencia de las empresas transnacionales, la excesiva estructura burocrática y la corrupción, las deficiencias de la política económica de los gobiernos regionales y la ausencia de una voluntad política para afianzar la integración. En cambio, la segunda etapa, de

1981 a 1991, se caracteriza por los conflictos políticos y armados que llevaron a los principales líderes políticos y de la sociedad civil, así como a algunos organismos internacionales e incluso a otros países de la región o de Europa, a desarrollar negociaciones orientadas a devolver la paz al istmo. Con tal objetivo se realizaron varias cumbres presidenciales que concluyeron en las declaraciones de Esquipulas I y II, así como en la Declaración de Antigua y el Plan de Acción Económica para Centroamérica, hasta que se lograron las condiciones para pacificar la región. La tercera etapa, a partir de 1991, se distingue por el impulso de un nuevo esquema integracionista y por la creación del Sistema de la Integración Centroamericana (SICA) que, según el autor, “supera los esquemas de los años 60, 70 y 80”, que eran puramente económicos, para incluir aspectos políticos, sociales y ecológicos.

En el segundo capítulo, “Perspectivas de la integración centroamericana. ALCA, Caribe o TLCAN”, Berenice P. Ramírez, de la UNAM, aborda el desempeño económico de la región y de manera muy particular el comercio intrarregional. Según la autora, en los años noventa, después del proceso de pacificación y de la instauración de gobiernos electos democráticamente, la economía regional se reactiva. En efecto, el comercio intrarregional creció a un ritmo de 6.7% en el 2000 y de 6% en el 2001. Guatemala, El Salvador y Costa Rica destacaron como los principales países exportadores del área, con 85% del comercio intracentroamericano. A la vez que hace referencia a los tratados bilaterales o multilaterales celebrados con otros países, como República Dominicana, y muy señaladamente con México (el llamado Triángulo del Norte: El Salvador, Guatemala y Honduras) y Canadá, Berenice Ramírez pone su atención en las perspectivas para Centroamérica con miras al ALCA, así como a la realización de un TLC con los Estados Unidos.

En el tercer capítulo, “La Unión Europea y Centroamérica: examen a unas relaciones de baja intensidad”, José Ángel Sotillo Lorenzo, de la Universidad Complutense de Madrid, señala que desde “la década de los ochenta del pasado siglo xx, Centroamérica pasa a formar parte de las regiones hacia las que la Unión Europea dirige sus relaciones exteriores”. Sin embargo, más adelante afirma que “en ausencia de una estrategia global de la Unión Europea hacia Centroamérica, la política europea se ha movido

por impulsos y como reacción frente a graves crisis que ha sufrido la región (conflictos, desastres naturales, etc.)”, para agregar que, además de la participación en el diálogo político y la ayuda al desarrollo “hay que destacar sobre todo acciones puntuales, que derivan de aquellas situaciones de crisis y que dan lugar a que, sólo en determinadas circunstancias, Centroamérica ocupe lugares importantes en la agenda exterior europea”. En síntesis, el balance de las relaciones de la UE con Centroamérica “es negativo en cuanto a la respuesta a las principales demandas centroamericanas, especialmente en materia económica y social”. De ahí que el autor destine muy poco espacio a la revisión de las relaciones económicas y comerciales entre Centroamérica y la UE, y en cambio le preste mayor atención a la cooperación, considerada como “uno de los ejes prioritarios de la acción de la Comunidad Europea hacia Centroamérica”. Y, en efecto, Sotillo Lorenzo plantea que la región centroamericana es el primer receptor mundial per cápita de ayuda de la UE, la cual supera la otorgada por los Estados Unidos. Mientras en el periodo 1994-1998 la cooperación europea representó 44.2% del total, los Estados Unidos sólo otorgaron 11.2%. En síntesis, el papel que ha jugado la UE en la reconstrucción de Centroamérica ante los daños causados por desastres naturales como el huracán Mitch ha sido clave. No obstante, el investigador considera que los proyectos de cooperación deben incidir más en proyectos regionales que hagan hincapié en el desarrollo de la región, como los de carácter social y medioambiental.

Como podemos observar, al igual que Luis Ritto, cuando aborda las relaciones económicas y comerciales del Caribe con la UE, José Ángel Sotillo Lorenzo tampoco insiste en los mecanismos que la UE empleará con Centroamérica para que, ante los retos de la integración, los productos de los países de esta última región puedan tener acceso al mercado europeo, ajustándose a las nuevas condiciones establecidas por la Organización Mundial de Comercio (OMC), en una novedosa modalidad de *regionalismo abierto*, donde prima el principio de la competitividad, con independencia del tamaño de las economías y de los recursos con que cuentan los países. En este sentido, la región sólo se reinsertaría en el mercado internacional a costa del deterioro de su economía, lo cual no podrá ser compensado fácilmente con los proyectos de

cooperación que la UE aplique. Este fenómeno se torna mucho más preocupante para Centroamérica y para el Caribe, toda vez que los proyectos de cooperación por parte de los Estados Unidos son muy escasos, y que las perspectivas de negociaciones con miras al ALCA como una región unida y consolidada, con intereses comunes, son cada vez más reducidas. Lejos de acercarnos a un Gran Caribe, en cuanto a negociación y acciones comunes se refiere, como se desprende del espíritu de la Asociación de Estados del Caribe, lo que cada día más toma cuerpo es una región atomizada, donde los Estados Unidos se propone realizar Tratados de Libre Comercio a escala subregional o bilateral, condenando al Caribe y a Centroamérica a quedar en condiciones desventajosas de reinserción al mercado internacional, en función de los intereses de los centros de poder.

Por último, abordaré tres aspectos más. A partir de estudios realizados por especialistas en la materia, la obra comentada permite al lector reflexionar sobre los grandes retos de la reinserción de cada una de las subregiones de las Américas; es decir, los enormes desafíos que enfrentan, además del Caribe y América Central (regiones a las que hemos reducido nuestras anotaciones), también los de la Comunidad Andina y del Mercosur, en sus relaciones con el ALCA y con la UE. En segundo lugar, la obra es útil para comparar la arquitectura de la Unión Europea con la del ALCA, lo cual es de suma importancia para América Latina y el Caribe, que se debaten en el triángulo formado por Europa y las Américas sajona y latina, y donde esta última ha dejado de ser prioritaria para la política exterior de las dos primeras. En tercer lugar, cabe recalcar que en las últimas décadas, a diferencia de lo que ocurrió en siglos pasados, las ciudades, puertos y aeropuertos europeos han reducido su comunicación y vínculos con América Latina y el Caribe, para concentrarse en la propia Europa, e intensificarla con los Estados Unidos; en tanto que los puertos, aeropuertos y ciudades de América Latina y el Caribe se encuentran en la necesidad de reorientar sus puntos de comunicación y relaciones, quizá en la misma América, ampliando el comercio intrarregional, a la vez que tratando de desarrollarlo con lugares tan remotos como Asia.

PABLO A. MARÍÑEZ  
UNAM/AMEC

Lohania Aruca Alonso, Reinaldo Funes Monzote y Roberto Díaz Martín (coords.), *Expediciones, exploraciones y viajeros en el Caribe. La Real Comisión de Guantánamo en la isla de Cuba, 1797-1802*, La Habana, Ediciones Unión, 2003.

El bicentenario de la Real Comisión de Guantánamo en la isla de Cuba fue motivo de la celebración de una gran conferencia que reunió en La Habana a diversos especialistas en el tema. El libro que comentamos es una colección de algunos de los trabajos ahí presentados.

Aunque ya circulan otras obras sobre la expedición científica realizada por Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas Vélez de Guevara, conde de Mopox y Jaruco, especialmente los dos tomos de la *Cuba ilustrada. La Real Comisión de Guantánamo, 1796-1802*, edición posible gracias al auspicio de varias instituciones españolas, el tema sigue siendo poco conocido y por ello esta nueva publicación resulta pertinente. Además, los aportes de jóvenes investigadores cubanos le imprimen nuevas miradas a las fuentes utilizadas y, con ellas, a la sociedad de la época, tanto en la metrópoli como en la colonia antillana.

El libro está dividido en tres partes. La primera se dedica a Cuba en el siglo XVIII y a su quehacer científico y técnico; la segunda, a la Real Comisión de Guantánamo: aspectos generales y resultados de sus exploraciones en la isla de Cuba; y, la tercera, a la nobleza colonial, sus ciudades, puertos y exploraciones meteorológicas. Cuatro exposiciones forman la primera sección: el tránsito de las haciendas ganaderas a una estructura agraria para la exportación, la ciencia ilustrada en el pensamiento agrícola en Cuba a finales del siglo XVIII, conocimiento y explotación de los bosques cubanos por la Marina Real española en el último tercio del siglo XVIII y nuevas perspectivas sobre la estancia de Alexander von Humboldt en Cuba. El segundo apartado ofrece cinco trabajos que constituyen propiamente el eje de la reunión convocada. Mercedes Valero se refiere a la Comisión de Guantánamo como escenario para analizar los intereses peninsulares y criollos. Lohania Aruca estudia a los personajes habaneros que intervinieron en esa comisión. José Sánchez reseña el bicentenario de la comisión.

Juan Colina de la Rosa habla de la fundación de la Colonia Reina Amalia y, finalmente, Ramona Oviedo y Pedro P. Herrera Oliver comentan acerca de los aportes y consecuencias de la expedición para el conocimiento de la botánica en Cuba. La última sección abre con un trabajo sobre los nobles de México en el ámbito cultural e incluye otros textos que dan cuenta de la fundación de la ciudad de Nueva Paz, señorío del conde de Jaruco y Mopox, la historia del puerto del Mariel y de las exploraciones meteorológicas del padre Viñes. Por último, de gran utilidad para los estudiosos del tema resulta la incorporación de un catálogo de documentos existentes en el Archivo Nacional de Cuba, referentes a los dos primeros condes de Santa Cruz de Mopox.

La primera parte nos ofrece la oportunidad de conocer el ambiente imperante en la mayor de las Antillas en la época en que se desarrolló la expedición. Encontramos ahí señalados los cambios en la sociedad y cómo se entrelazaron los intereses de los criollos con el impulso al conocimiento científico para aplicarlo, sobre todo, a favor del desarrollo económico, pero también social y cultural de la isla. Humboldt testifica la recepción y el apoyo de los criollos a la exploración científica.

La segunda sección se centra en la Real Comisión. La expedición de Guantánamo, se dice en uno de los textos, fue tal vez la misión “donde con mayor claridad se pone de manifiesto la presencia de intereses metropolitanos y criollos” (p. 69). Las expediciones tuvieron diversos objetivos, pero ésta, además de inscribirse en el programa de reformas que España pretendía para mantener su dominio en América, expresa el interés de los nativos de la isla por consolidar su posición. De ahí la participación de algunos de ellos en la concepción y desenvolvimiento de la expedición. Los objetivos incluían el mejoramiento de las comunicaciones, la creación de nuevas poblaciones y el reforzamiento militar, pero, sobre todo, el fomento agrícola.

¿Quiénes fueron estos criollos que incidieron en los objetivos de la expedición? En primer lugar Joaquín de Santa Cruz, designado director de la Real Comisión de Guantánamo y Francisco de Arango y Parreño, su asesor. En opinión de Lohania Aruca, ellos fueron quienes mejor representaron los intereses de la elite habanera.

Sin embargo, al parecer, no coincidieron en sus propuestas de reformas (p. 85). Participaron también un cuñado del conde de Mopox, Juan Montalvo O'Farrill; un primo de Francisco de Arango, Anastasio Arango y Núñez del Castillo; los hermanos José María y Jorge María González de la Torre y José Estévez y Cantal, entre muchos otros.

Los resultados de la Real Comisión son destacados en tres trabajos. Sánchez Guerra lo hace al hablar del bicentenario. Señala, en particular, la influencia decisiva en la extensión del sistema de plantación. El texto de Juan Colina alude al intento de fundar una colonia en la isla de Pinos, con la finalidad de conocer si sus "árboles y sus resinas eran útiles para el uso de los bajeles de la Armada" (p. 102); y, por último, Oviedo y Herrera se centran en los aportes al conocimiento de la botánica cubana.

La tercera y última parte reúne los resultados de investigaciones que contribuyen a complementar los planteamientos esbozados en las secciones precedentes: la influencia de los nobles novohispanos en el ámbito cultural; la fundación de Nueva Paz, señorío del conde Jaruco y Mopox (como caso ejemplar de una política paralela de poblamiento rural basada en la pequeña propiedad y con trabajadores libres de acuerdo con los proyectos urbanos esbozados por la Comisión); la habilitación de puertos (el caso concreto del Mariel) para apoyar el incremento del comercio internacional, proceso que acompañaría al pretendido impulso al desarrollo; las exploraciones meteorológicas del padre Viñes, que reflejan el ambiente cultural de la época y el interés por avanzar en el conocimiento científico: con ellas se determinaron trayectorias de huracanes y sus fenómenos colaterales.

Una búsqueda en los documentos resguardados por el Archivo Nacional acerca de la vida y obra del conde de Mopox dio por resultado la elaboración de un catálogo que cuenta con una síntesis biográfica de Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas Vélez de Guerevara, así como información de lo encontrado en diversos fondos. Además, ese catálogo da pistas para iniciar indagaciones en torno a diversos temas, como el de las relaciones entre las diferentes entidades representativas del régimen colonial e incluye dos índices, uno onomástico y otro de materias.

Sin duda, este libro será de gran interés y utilidad para aquellos dedicados al estudio de las expediciones científicas, su significado y sus repercusiones, y para quienes se asoman a este tema por primera vez.

Laura Muñoz  
*Instituto Mora/AMEC*

María del Rosario Rodríguez Díaz, *El Destino Manifiesto. El pensamiento expansionista de Alfred Thayer Mahan 1890-1914*, México, Porrúa-Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, 230 pp.

○bra dividida en siete capítulos en que la autora explica el desarrollo del pensamiento de Alfred Thayer Mahan y los elementos que lo conforman. En el primer capítulo se detalla la formación de la ideología del Destino Manifiesto y su significado. Se trata de un proceso necesario para dilucidar la renovación de este pensamiento, a finales del siglo XIX, dentro de una concepción imperialista en los Estados Unidos. El segundo está dedicado al capitán Mahan y a su obra histórica, e introduce el tema describiendo el contexto en que vivió. Rodríguez destaca el crecimiento económico interno de los Estados Unidos y, dentro del espectro político, el aislacionismo que imperaba como ideología. Esto confluye en la formación académica de Mahan, quien desde niño se educó en academias militares y navales, graduándose como guardia marina en 1859. Mahan, de fuertes convicciones religiosas y formado en un momento en el que el apoyo gubernamental hacia la Marina era reducido, inicia así su vida profesional, al mismo tiempo que comienza un esfuerzo autodidacta por aprender la historia de su país y la historia naval mundial. Sus escritos reflejan su preocupación por otorgarle más valor al control de los mares como factor histórico y señalan lo importante que sería impulsar la Marina de su país para convertirlo en una potencia marítima dentro del concierto de naciones; proponía dejar a un lado el aislacionismo y promover una política más ofensiva.

En el tercer capítulo se puntualiza el resurgimiento del Destino Manifiesto en las postrimerías del siglo XIX y su confluencia con el pensamiento mahaniano. La autora señala que, para la consolidación del pensamiento expansionista, elementos tales como el darwinismo social y el puritanismo avivaron los sentimientos de supremacía anglosajona y de posesión de una misión divina de los Estados Unidos hacia el resto del mundo. Según Rosario Rodríguez, estos factores constituyen la parte medular del aparato teórico conceptual mahaniano.

En el capítulo cuatro se describe la importancia geopolítica del Caribe y, con mayor detalle, la de Cuba y Puerto Rico para la estrategia de seguridad estadounidense. Se evidencia, dentro del pensamiento de Mahan, una estrategia encaminada a controlar un "cinturón marítimo" que comienza en el mar Caribe y el Golfo de México, pasa por Centroamérica, previendo la construcción de un canal, y termina en el Pacífico, con el fin primordial de elaborar una política defensiva-ofensiva orientada a que los Estados Unidos se convirtieran en una potencia marítima.

Para el Capitán, el Caribe no sólo era un escenario de confrontaciones o de posibles enfrentamientos con las naciones europeas por el control de la región, sino que, además de esbozarse como una zona de constantes conflictos internos, lo observa como un eslabón vital para la seguridad y el encumbramiento de los Estados Unidos. Esto desde una óptica militar en la que Mahan ubica varios puntos estratégicos, entre ellos Cuba y Puerto Rico, de los cuales su país debe apoderarse para establecer estaciones navales y carboníferas, ya que considera que si llegasen a quedarse en manos de potencias europeas, los Estados Unidos serían presa fácil de ataque. Aparte de ser un estratega militar-naval, Mahan también evaluó al Caribe desde una perspectiva económico-mercantil, y pugnó por el control de la zona para proteger su comercio e impulsarlo desde el mar Caribe hacia otras regiones del mundo. Para él, la vida comercial y la marítima iban de la mano, por ello promovió la creación de una poderosa flota mercante, lo suficientemente fuerte como para salvaguardar el comercio y la industria estadounidense. Para Mahan, el Caribe era la primordial puerta de entrada para lograr el control militar y comercial necesario para la expansión de su país.

En el capítulo cinco se examina el final de la llamada era imperial (1880-1898) y el principio del progresivismo (1898-1914), con la guerra de 1898, periodo en el que Mahan funge como estrategia militar-naval y privilegia la modernización de la Marina para tener la capacidad de dominar el Caribe. También se exponen los argumentos antiimperialistas y toda la discusión en torno a la política gubernamental hacia el exterior, sobre todo en la opinión pública y la prensa.

El tema central del capítulo seis es el interés geopolítico norteamericano en Centroamérica, región considerada de vital importancia para los Estados Unidos, después de la guerra contra España, debido a la intención de conformar el cinturón marítimo antes mencionado, y controlar así toda esa zona de influencia al construir el canal interoceánico. Se incluye un recuento histórico de los vaivenes para determinar un paso istmico, que finalmente se realiza en Panamá, y que generó polémica debido a la inusitada y rápida independencia del Departamento de Panamá de la República de Colombia.

En el último capítulo se desentraña el significado de la Doctrina Monroe para América Latina. Se describe con detalle el entorno latinoamericano y cómo poco a poco, con la penetración de capitales estadounidenses en la zona, el destino latinoamericano se va ligando al de los Estados Unidos. La Doctrina Monroe, un viejo discurso, se actualiza con el argumento de la necesidad de estos últimos de expulsar del continente a las naciones europeas (España y Alemania, por ejemplo) y generar una alianza con Gran Bretaña, dentro de una concepción racial e histórica anglosajona, para tener el dominio total de la zona.

Esta agradable lectura no sólo es el recuento biográfico de un personaje tan significativo como Alfred Thayer Mahan, sino que describe el contexto histórico de su país (de gran influencia dentro de la obra del Capitán), y a su vez muestra cómo éste influye en el rumbo del pensamiento expansionista en los Estados Unidos. Finalmente, quisiera insistir en que se trata de una glosa de la evolución de esta nación como imperio, que ubica el periodo histórico en el que esto sucede y expone los componentes ideológicos utilizados para lograr su expansión y el control de zonas estratégicas (como el Caribe) para su propio desarrollo, y dibuja el papel del pensamiento mahaniano dentro de los círculos más

poderosos de los Estados Unidos. Su lectura será de gran provecho para todo público, pero especialmente para los latinoamericanistas y estudiosos del Caribe.

INDRA LABARDINI F.  
FCPyS, UNAM

María Cristina Navarrete, *Cimarrones y palenques en el siglo xvii*, Cali, Universidad del Valle, 2003, 157 pp.

Este libro forma parte del debate contemporáneo para esclarecer uno de los eventos de la historia humana con más trayectorias inconclusas: el curso de la diáspora africana en tierras americanas. Mucho se ha escrito respecto a la historia de la esclavitud pero, sin duda, ha faltado enfatizar sobre ciertos puntos; por ejemplo, la vida de los esclavos, cómo idearon, por distintos medios, enfrentar la subordinación, o cómo reaccionaron las sociedades esclavistas ante esta situación. Específicamente, falta ahondar en la significación que en el ámbito político tuvo, en todas las Américas y el Caribe, la creación de *palenques*, colonias o áreas de refugio de los esclavos fugitivos, también llamados *cimarrones* y ésta es una de las líneas centrales desarrolladas por Cristina Navarrete.

Aunque en toda América hubo diversas formas de resistencia individual o colectiva a la esclavitud la más eficaz y sensata de liberarse del sometimiento fue huir y rehacer su vida en el interior del continente.

Los trabajos sobre estos palenques en América han sido abordados desde distintas perspectivas, actores y espacios. En el caso colombiano, el tema ha sido explorado por Aquiles Escalante (1954), Roberto Arrazola (1970) y María del Carmen Borrego Plá, quienes centraron su atención en un palenque en particular: San Basilio.

En su estudio, Navarrete va más allá. Nos ofrece un amplio recorrido historiográfico, incluye gran parte de los casos de la provincia de Nueva Granada en el siglo xvii y, para situarnos en un contexto más amplio, en el ámbito de la América colonial, anexa ejemplos referentes a otras provincias, como Palmares, en Brasil, o San Lorenzo de los Negros, en México.

El libro se divide en cuatro capítulos. En el primero, la autora acota el cimarronaje en el Nuevo Mundo. Una de sus contribuciones es el dinamismo con el que enfrenta los modelos teóricos utilizados para estudiar los fenómenos de los palenques y los cimarrones: por un lado están aquellos que se han empeñado en ver la constitución de los palenques como sociedades portadoras de elementos culturales propios de los individuos que las conformaron. Este enfoque ha sido conocido como *huellas de africanía*, y tuvo en Nina S. Friedemann (para el caso colombiano) su máximo exponente. En el otro se encuentran los historiadores como Sidney Mintz y Richard Price, quienes sugieren la existencia de procesos culturales de hibridación y que han llamado *criollización*.

En el segundo capítulo, Navarrete analiza la distribución geográfica del cimarronaje en los territorios al norte del Nuevo Reino, para ubicar los principales lugares de asentamiento. También recoge datos acerca de las primeras reacciones contra la esclavitud y examina con detalle la revuelta de Domingo Biohó, en Cartagena, a comienzos del siglo xviii. Uno de los objetivos primordiales de la autora es desmitificar la idea del palenque como un sitio aislado y destacar que la sobrevivencia de éste no pudo haber sucedido sin la complicidad de la gente de fuera, llámense esclavos libres, indígenas e, incluso, comerciantes europeos, pues sin su participación, habría sido imposible el abastecimiento e intercambio de productos alimenticios y manufacturados.

El tercer capítulo examina las guerras contra los palenques a finales del siglo xviii. La historiadora colombiana subraya las circunstancias que precedieron a las grandes guerras de exterminio y a la persecución en los palenques; además, abre a la discusión el análisis de las políticas gubernamentales en torno a este proceso y revela los múltiples conflictos y choques de intereses de las distintas entidades oficiales de la época.

El último capítulo se dedica a la revisión e interpretación de la información documental de archivos como el Histórico Nacional de Madrid, el General de Indias y el General Nacional de Bogotá. La abundante cantidad de ejemplos convierte a este libro en un excelente instrumento para conocer la vida y sociedad en los palenques. Navarrete hace referencia a los conflictos generados por la pertenencia de los cimarrones a determinado palenque, y los

problemas que se suscitaron a raíz de la captura de un gran número de criollos nacidos en esos asentamientos.

Basada en la postura teórica de la criollización, Navarrete sostiene que: "Los palenques del Caribe neogranadino desarrollaron tradiciones sincréticas que amalgamaron elementos africanos con euroamericanos. Sus habitantes eran de orígenes diversos, criollos de la tierra y africanos de diferentes orígenes étnicos. Hubo algunas formas tradicionales de organización africana, aunque combinadas con influencias culturales europeas y, esencialmente, adaptaciones locales" (pp. 39-40).

Fuera del universo colombiano, el elemento comparativo esencial en la obra es el de los palenques de Brasil. Me llamó la atención que en ese orden de importancia mencionara variados ejemplos relativos a la Nueva España, incluso en mayor número que de Cuba o de alguna otra isla del Caribe. En mi opinión, el análisis de casos es de gran trascendencia, pues han sido poco mencionados por la historiografía de la esclavitud en América. Asimismo, la manera en que aborda y compara los diferentes palenques genera un marco idóneo para la descripción y el análisis de los referentes al Reino de Nueva Granada.

El libro *Cimarrones y palenques en el siglo XVII* refleja los múltiples intereses de la doctora en Historia por la Universidad Complutense, María Cristina Navarrete, quien ha realizado diversos trabajos sobre la esclavitud negra. En éste, la autora no pretende cerrar el debate, ni dar una conclusión definitiva sobre el tema, pero sí logra despertar en sus lectores inquietudes e interrogantes para introducirse en los múltiples aspectos relacionados con la creación de estos refugios, así como con la sobrevivencia o el exterminio de los cimarrones en los palenques del Caribe neogranadino.

Para finalizar, quisiera resaltar que el libro de Cristina Navarrete responde a la dinámica de una historiografía afroamericana urgida de saber y explicar las trayectorias de la dominación esclavista y las historias de resistencia mediante las cuales la población africana se asentó en las sociedades americanas; una historiografía preocupada por la reconstrucción y desmitificación de la historia de la esclavitud en América Latina y el Caribe.

FABIOLA MELÉNDEZ

AMEC